

Sobre la controversia chino - soviética

Un comentario crítico sobre las posiciones en conflicto.

Raúl Ampuero Díaz

Un desafío al marxismo

La Conferencia, varias veces postergada, de los Partidos Comunistas Soviético y Chino en Moscú, ha terminado sin conclusiones dejando una estela de dudas, desconcierto y frustración, en los círculos más conscientes del movimiento popular.

Para los comunistas el desenlace debe constituir una sorpresa tan inusitada, al menos, como lo fue el conocimiento de las denuncias formuladas contra Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. La época de la unidad y de la infalibilidad ha muerto. Mientras la URSS constituía la única experiencia victoriosa de la Revolución Socialista, resultaba fácil galvanizar a los fieles en el deber primario de defender la ciudadela sitiada, y toda disidencia —en condiciones tan precarias— equivalía a una abdicación. Desde que más de mil millones de hombres —desde La Habana hasta Pekín— viven y trabajan en comunidades socialistas, las experiencias nacionales florecen en todas las latitudes, cada día más variadas, señalando el ocaso de los sitiadores. El viejo monolitismo tiende a disolverse, entonces, dejando una aguda sensación de vacío y desamparo en algunos cuadros veteranos.

Pero, más allá del impacto emocional del acontecimiento entre los miembros del movimiento comunista, lo que él plantea es la aptitud de los marxistas para enfrentar los hechos contemporáneos, es la comprobación plena de que el marxismo constituye, efectivamente, la ciencia de la revolución socialista, es decir, un conjunto eficaz y dinámico de principios para establecer un mundo nuevo. Deberemos probarlo ahora, otra vez, por-

que la situación mundial ha cambiado y las conductas precedentes pueden ilustrar la orientación de nuestras tareas actuales, pero están lejos de ofrecer soluciones adecuadas a los problemas de nuestro tiempo. Los cambios cualitativos operados en la guerra, como medio o instrumento político; la actual relación de fuerzas en escala mundial; el deterioro creciente del sistema imperialista; las cuestiones que plantea el intercambio entre países socialistas con diversos niveles de productividad; la integración de las fuerzas revolucionarias anticapitalistas en una estrategia global; el lugar de los factores nacionales en el proceso revolucionario, son —sólo para citar los más relevantes— asuntos que requieren un análisis honesto y verdaderamente científico de quienes tenemos responsabilidades en la conducción del movimiento popular.

De ahí que los socialistas chilenos estemos de nuestro deber expresar las opiniones del Partido sobre el episodio que origina estas reflexiones y sobre sus consecuencias. Somos un partido marxista independiente, lo cual nos permite acercarnos al problema sin subjetivismos de ninguna especie, en particular si vemos en él no una crisis de desintegración, sino, al revés, un punto de partida para lograr, en un nivel superior, una reestructuración coherente del movimiento revolucionario internacional, en la medida que sus diferentes sectores se mantengan fieles a una misión histórica común e impostergable: la eliminación del imperialismo y, con él del capitalismo, en toda la superficie del planeta.

Fundamento de nuestra independencia

El Partido Socialista chileno, en efecto, re-

husó siempre asociarse a los núcleos principales de agrupamiento socialista: la II y la III Internacionales.

Hacia el año 1933, fecha de fundación del Partido Socialista, la Internacional Comunista se caracterizaba por su rígida adhesión a una mentalidad y a una estrategia sectarias. El modelo de la Revolución de Octubre constituía un patrón indiscutible, que debía trasladarse mecánicamente a todos los países, cualquiera que fuese la fase de desarrollo que atravesaran. Así, en Chile, durante la sublevación de la marinería o en el curso de las jornadas de junio de 1932, cuando amplias fuerzas desafiaron el orden tradicional bajo una vaga inspiración clasista y revolucionaria, la Sección Chilena de la Internacional Comunista se esmeraba en establecer unos "Soviets de Soldados, Obreros y Campesinos" que terminaron por constituirse en cenáculos estridentes, sin la menor vinculación con las masas.

Cuando los espectaculares avances del fascismo impusieron el "Gran Viraje" (1936), a una línea más ductil en el orden internacional correspondió, sin embargo, el comienzo de las purgas en la Unión Soviética. Vale decir, mientras crecían las posibilidades de un planteamiento más realista y de una colaboración más estrecha con fuerzas afines en la política popular, otros factores contribuían a distanciar a éstas de la conducta soviética y de los Partidos Comunistas. Por algunos años, el imperativo de la defensa común ante el totalitarismo impuso, de todas maneras, la acción común de socialistas y comunistas en varios países, incluso Chile, hasta el instante en que el Pacto Molotov-Ribbentrop agravó el desconcierto y también las discrepancias entre las diversas tendencias revolucionarias y marxistas de nuestro país.

Terminada la guerra, los métodos arbitrarios, los procesos monstruosos, las relaciones económicas lesivas impuestas a los nuevos países que abandonaban la vía capitalista, dieron a las prácticas stalinistas una dimensión internacional.

Nuestra resistencia, pues, a asociar la conducta y la suerte del Partido Socialista chileno a la III Internacional, tuvo sólidos fundamentos de principio, que el curso del tiempo ha justificado plenamente.

Con idéntica persistencia nos mantuvimos alejados de los organismos internacionales creados por la social-democracia, a cuyo progresivo alejamiento de los fines socialistas y revolucionarios se agregó una total ceguera para comprender el alcance y el contenido

histórico de las luchas de los países coloniales y dependientes, encerrándose cada vez más en una estrecha perspectiva europea.

Independencia creadora

No hacemos esta breve relación retrospectiva para herir los sentimientos de nadie. Desde la desaparición de Sta'in, la resuelta corrección de los aspectos más regresivos del régimen soviético, su gradual democratización, el reconocimiento cada vez más amplio del valor de las nuevas experiencias revolucionarias en diferentes países, están abriendo un amplio campo de sincera colaboración entre socialistas y comunistas, de lo cual es claro testimonio nuestra ya antigua alianza en el seno del FRAP. Lo que queremos significar es que tal independencia inconmoviblemente asentada en una leal aplicación del marxismo a las condiciones concretas de Chile, ha sido una condición fundamental para enfocar correctamente los más agudos y decisivos problemas nacionales y mundiales.

Fuimos, así, los primeros en asignar a la lucha antimperialista una prioridad absoluta en las preocupaciones del movimiento popular. En la década del 30, cuando prevalecían en nuestro medio los esquemas supuestamente marxistas de una abstracta revolución proletaria y, después, ciertas idealizaciones que prometían una "edad de oro" en las relaciones interamericanas, bregamos ardorosamente por concentrar en el antimperialismo las acciones populares. Sólo la II Guerra Mundial impuso una tregua, en virtud de circunstancias de emergencia ya aludidas, pero nuestros esfuerzos no fueron vanos: en la conciencia del pueblo quedó definitivamente inscrita, como tarea histórica central, la idea de que sólo liquidando al capitalismo norteamericano abríamos camino a nuestra verdadera libertad.

En medio de la confusión creada por la propaganda y la contrapropaganda, nuestro Partido tuvo la clarividencia suficiente para percibir el profundo sentido antisocialista del período staliniano. Tanto la liquidación de la Vieja Guardia Bolchevique como la aplicación del terror en masa sobre el conjunto de la población, nos convencieron que si en la URSS subsistía una dictadura, ella no era, por cierto, la del proletariado. En las relaciones interestatales condenamos siempre, y en especial en 1948 —cuando el conflicto con Yugoslavia— el uso de métodos de imposición sobre los jóvenes países socialistas, tras la pretensión de establecer un "campo" rigidamente centralizado.

Es difícil avaluar la medida en que nuestra

posición ha contribuido a una justa apreciación del significado del socialismo para Chile. Ella probó, al menos, que las violentas deformaciones descritas no son consecuencias inevitables, y ni siquiera naturales, del socialismo.

Ajenos a todo dogma, dimos la más entusiasta acogida a la rebelión de los pueblos árabes; sostuvimos la revolución boliviana cuando se le combatía desde todos los ángulos y con toda suerte de argumentos doctrinarios; apoyamos a los protagonistas de la epopeya de Sierra Maestra cuando se despreciaba su romanticismo pequeño-burgués; comprendimos, en fin, los elementos positivos que operaban en el confuso y contradictorio panorama social del peronismo. Ahora es fácil adscribirse a esas posiciones, porque el tiempo ha corroborado el valor de los hechos en el cuadro de la lucha antimperialista.

En el terreno nacional, el uso científico del marxismo como método de interpretación y de diagnóstico, como doctrina de la actividad, como guía para la acción, nos permitió prever el desplazamiento de las principales fuerzas de la antigua y nueva burguesía hacia posiciones cada vez más reaccionarias. Subsidiariamente, esa conclusión nos llevó a formular la tesis del "Frente de Trabajadores", como estrategia básica del pueblo, tanto para fijar las fronteras de los aliados potenciales de la clase obrera, como para sostener la idea de que la subversión anti-feudal y antimperialista y el socialismo eran sólo fases sucesivas de un mismo proceso revolucionario.

Una independencia que logró resultados tan significativos en el pasado, es valiosa también hoy para analizar la controversia chino-soviética sin prevenciones ni prejuicios. No se trata, por supuesto, de asumir una presuntuosa posición de jueces. Comprendemos bien nuestro modesto lugar en la geografía y en la historia. Pero, como integrantes de un vasto proceso social de dimensiones mundiales; como habitantes de un continente tan directamente sometido a la dominación del centro principal del capitalismo moderno; como combatientes de vanguardia de la revolución chilena, sabemos que los sucesos recientes influirán en el futuro de todo el movimiento popular y que nuestra propia conducta será un factor apreciable en la configuración de ese futuro. Conscientes de ello, ofrecemos nuestra opinión sobre el grave conflicto en desarrollo.

Una polémica oscura

Es un duro trabajo para el lector de los

documentos publicados a lo largo de la polémica, situar los asuntos sustanciales de la controversia. Insistentemente aluden una y otra vez a aspectos subalternos o procesales, tratando de probar la culpabilidad de una u otra de las partes en la gestación del conflicto, y, con frecuencia, las posiciones antagónicas se adulteran o deforman para hacer más convincente la réplica.

Se agregan también otras características de evidente impropiedad en una discusión de tan elevado nivel. Unos y otros cayeron —en cierta etapa del debate, al menos— en una pueril y escolástica crítica de determinadas figuras retóricas empleadas por el adversario, como aquella que compara el imperialismo a un "tigre de papel". En nuestro medio, nadie habría asignado a esa metáfora el valor de una tesis; no obstante, quienes pretenden ser los más altos exponentes del marxismo agotaron los recursos dialécticos para darle un sentido literal. Con ello únicamente lograron producir una lamentable sensación de decadencia en el manejo de la teoría de más amplias proyecciones de nuestro siglo.

Tampoco ha contribuido a la calidad de la discusión, la repetida referencia a los textos clásicos, a frases y párrafos de Marx, Engels y Lenin que aislados del conjunto de su pensamiento ofrecen un ancho campo a la interpretación errónea o tendenciosa. Pareciera que el afán de demostrar una estricta fidelidad a la letra de los preceptos, enunciados —los más modernos— hace 40 años, fuera más vigoroso que el ánimo de emplear las luminosas concepciones marxistas en un examen atrevido y científico de la realidad actual.

Analizaremos algunos de los temas planteados a la luz de conceptos enunciados con anticipación por el Partido Socialista chileno, seleccionando aquellos que parecen constituir las cuestiones más importantes de la discusión y los de proyecciones más vastas en el movimiento popular chileno.

El socialismo y la guerra

La noción cardinal de que las armas atómicas introdujeron transformaciones cualitativas en la naturaleza de la guerra está presente en las posiciones socialistas a lo largo de más de 15 años. Dijimos a comienzos de 1962: "cualquier comparación entre las guerras nacionales del siglo pasado y una eventual guerra atómica global ofrecería apenas analogías superficiales. Se sabe que aun el hipotético vencedor de mañana sería un vencido. Que la humanidad perdería la gue-

“rra. Ni siquiera un socialismo universalizado
“resultaría un consuelo, porque sería una
“especie de **socialismo de las cavernas**, una
“vez destruido el patrimonio intelectual y
“material de la civilización”. (1)

Aparentemente, tanto chinos como soviéticos coinciden en la estimación de las horrosas pérdidas humanas y físicas provocadas por una contienda nuclear y, por supuesto, en la necesidad de movilizar amplias masas a fin de paralizar a las camarillas más brutalmente belicistas del “campo” occidental. Los documentos del P.C. Chino transparentan, sin embargo, una notoria subestimación de la hipotética catástrofe y denuncian, con frecuencia, un supuesto antagonismo entre la lucha por el socialismo y la lucha por la paz. Es particularmente ilustrativa esta tendencia cuando —apartándose del marco de una discusión seria— allegan variadas citas para demostrar que el socialismo se edificará sobre las “ruinas del capitalismo”, invocando la opinión de los teóricos más autorizados y dándole a esta expresión un sentido absolutamente simplista y literal. Después de arribar a conclusión tan temeraria como extraña a las concepciones marxistas, nada impide que agreguen: “los pueblos victoriosos crearán muy rápidamente, sobre las **ruinas** del “imperialismo derrocado, una civilización mil “veces superior que la existente bajo el capitalismo y construirán un futuro verdaderamente maravilloso”. (2).

Asombra, en verdad, en documentos tan densos y seguramente tan meditados, hallar argumentaciones como éstas. Los textos de Engels y de Lenin aluden, por supuesto, a las **ruinas** de un orden social y nó a los escombros materiales de las fábricas, los laboratorios, los ferrocarriles, las centrales hidroeléctricas. Es obvio, además, para cualquier estudioso, que el socialismo en su plenitud sólo puede construirse sobre un equipo productivo de alta eficiencia, sobre una tecnología muy avanzada. Desde Marx se viene diciendo que la revolución industrial socializó la producción mediante la asociación en el trabajo de miles y miles de operarios, manteniendo, no obstante, la apropiación individual del producto del esfuerzo colectivo. Hacer también colectiva la apropiación sería tal vez la forma más simple de definir la meta del socialismo; pero, sobre todo, esta concepción refleja hasta donde existe, para un mar-

(1) La polémica Socialista-Comunista. 1962 P.L.A.

(2) Una vez más sobre las divergencias entre el cda. Togliatti y nosotros: Lenguas Extranjeras. Pekín.

xista, una relación directa e indisoluble entre el nivel alcanzado por los medios de producción y el vigor y la extensión de las relaciones socialistas susceptibles de establecerse en el seno de la comunidad.

La revolución puede triunfar en un país atrasado y le dará un impulso de progreso; incomparablemente superior al lento ritmo del viejo sistema, pero no se alcanzarán las formas superiores del socialismo sino cuando la economía haya roto las mezquinas fronteras artesanales, familiares o aldeanas, para constituir un vasto sistema productivo asentado en el extenso empleo de la maquinaria moderna y en una amplia organización de los trabajadores para las labores industriales.

Los comunistas chinos pasan con impresionante frivolidad sobre las ruinas y nos ofrecen a continuación un mundo maravilloso después del caos. No sabemos qué sorprende más, si la desaprensión con que se ignora el holocausto bélico de millones de hombres y mujeres del pueblo o la incitación a una suerte de “**neo utopismo**” en el movimiento socialista, desconectado de la historia y del medio social, segregado de la evolución concreta de las fuerzas productivas.

Tampoco tienen razón cuando dan a elegir a los pueblos entre el socialismo y la paz. Probablemente nunca ha sido más evidente que ahora la complementación entre ambos objetivos. La amenaza de una guerra de exterminio, cuyo modelo a escala reducida tuvimos oportunidad de conocer en Hiroshima y Nagasaki, alienta el odio contra las aventuras bélicas de la abrumadora mayoría de los hombres, independientemente de cualquier ideología que sustenten, con prescindencia de las causas a que atribuyan el peligro. Si el imperialismo tiende al uso de la violencia en las relaciones entre los Estados y, en cambio, el socialismo necesita la paz, ¿por qué no apoyarse en la imponente voluntad antiguerrera de los pueblos para detener el brazo de los agresores y derrotar los propósitos criminales de los promotores de la conflagración.

Para llevar hasta los pueblos una más clara imagen del papel del imperialismo como principal factor belicista, se requiere, por otra parte, que los Estados Socialistas realicen una consecuente política de paz. Una política de paz, no de capitulación ni de desarme unilateral. Una política que eluda y denuncie las provocaciones; que busque en las negociaciones la solución de los problemas concretos que fomentan la tensión inter-

nacional; que asigne a la lucha social y política de los trabajadores el lugar más prominente en la conquista de un nuevo orden mundial, en lugar de competir en los jactanciosos arreos de poderío militar. Sólo así, objetivamente, comprenderán las masas la identificación histórica de la paz y el socialismo. Aplaudimos sin reservas los avances que se anuncian en este sentido. Si bien somos partidarios de la prohibición amplia de las experiencias, la fabricación, el almacenamiento y el uso de las armas atómicas, la sola proscripción de los ensayos y la determinación de zonas desnuclearizadas —entre ellas de América Latina— nos parecen valiosas conquistas para la humanidad entera.

La guerra mundial atómica puede conjurarse y a ese fin debemos consagrar las principales preocupaciones de esta hora. Cuando se sabe que la preparación de una nueva guerra cuesta ya más de 120 mil millones de dólares por año, sobrepasando en mucho el ingreso nacional de todo el mundo subdesarrollado, y que existen actualmente explosivos atómicos acumulados equivalentes a 80 toneladas de T.N.T. por cada habitante del globo, se explica nuestra confianza en la fuerza invencible que puede oponer la opinión mundial a la reducida camarilla de locos empresarios de una nueva conflagración.

Imperialismo y Coexistencia

La polémica ha tenido la virtud de precisar el alcance de la política de coexistencia. No hay duda que en un comienzo muchos la idealizaron, conectándola con un suave desmontaje del sistema imperialista y con el uso exclusivo de la vía pacífica para el tránsito al socialismo. Esta circunstancia permitió, a su vez, a los comunistas chinos, atacarla en sus deformaciones más que en su esencia.

La última carta del Comité Central del P.C. de la Unión Soviética explica: la coexistencia pacífica es un principio de la política exterior de los Estados Socialistas. En otras palabras, no es una línea de conducta para las naciones sometidas ni tiene vigencia alguna en el comportamiento de la clase obrera en su lucha por el poder.

Debemos reconocer, no obstante, que la coexistencia practicada en las condiciones actuales, dentro del espíritu de bloques, no preserva satisfactoriamente otros valores.

Es cierto que, en términos de poderío, las naciones se agrupan bajo un doble liderazgo: el de los Estados Unidos, los países capitalistas; el de la URSS., los estados socialistas.

La "política de bloque" ha tendido, hasta aquí, a consagrar esta situación de hecho, a justificar ideológica e históricamente la supremacía de los centros principales de poder y la subordinación de las áreas más débiles, de modo que, tanto en la gestación de la crisis como en la transitoria solución de los conflictos, los pequeños países dejaron de ser protagonistas para transformarse en meros espectadores —y víctimas, a menudo— de las transacciones entre las potencias principales.

Los socialistas creemos preferible, desde luego, la coexistencia entre bloques a la guerra entre bloques, pero debemos insistir en que la rígida concepción del "campo", política y militarmente centralizado bajo la dirección real de un determinado país, conspira contra la igualdad de los estados y, frecuentemente, contra la soberanía nacional de los pueblos pequeños. En la grave situación del Caribe todas las fuerzas progresistas tuvieron su destino comprometido; sin embargo, ha quedado finalmente en claro que los aliados de la Unión Soviética no fueron consultados acerca de la instalación de cohetes en territorio cubano y que Cuba, a su vez, tampoco fue consultada para retirarlos.

La coexistencia pacífica desarrollará todas las posibilidades históricas, sólo una vez que la vieja política de bloques sea definitivamente abandonada.

En el área capitalista, la lucha de clases en cada país y las crecientes presiones hacia la libertad social y nacional en los pueblos sometidos seguirán estrechando el cerco del imperialismo, con un ritmo y modalidades diferentes, según las condiciones específicas del movimiento en cada lugar. Es presuntuoso y esteril el aconsejar a los trabajadores de todas las latitudes un comportamiento uniforme, en nombre de la estrategia victoriosa en otro proceso o bajo la invocación de cierta ortodoxia doctrinaria que cada vez se distancia más del espíritu original para asilarse en un bizantinismo verbalista. El proletariado metropolitano se aleja del itinerario político que le señalan las tesis de Pekín, no porque esté espiritualmente corrompido, sino porque el sistema imperialista —tal como se desarrolla históricamente— le ha dado hasta ahora al capitalismo metropolitano una elasticidad de conservación que no tiene en los países pobres, lo cual ha retardado la radicalización de la clase obrera.

El avance impetuoso del socialismo y la quiebra simultánea del sistema colonial lo llevarán, tarde o temprano, a enfrentarse a sus propias burguesías y a desempeñar un

rol insustituible en la transformación de la sociedad.

Por su parte, los pueblos dependientes y coloniales empeñados en la liberación nacional y, en general, los movimientos revolucionarios antimperialistas, ofrecen día a día trayectorias originales, tácticas nuevas, desplazamientos ideológicos imprevistos. En ellos el marxismo no constituye un culto secreto ni un conjunto de fórmulas muertas: sus mejores conductores arriban a él a lo largo de un dramático aprendizaje experimental, en cuyo curso las concepciones del socialismo científico reemplazan paulatinamente a los impulsos románticos y las rebeldías instintivas.

El apoyo resuelto a las luchas de liberación nacional, y especialmente cuando deben apelar a las armas, constituye un deber solidario insoslayable de los partidos populares, independientemente de su adhesión a la tesis de la coexistencia pacífica entre Estados de diferente régimen social.

El "Centro de la Tempestad"

Decíamos en nuestra respuesta al P.C. el año pasado: "...para un marxista consecuente, el mundo no está básicamente dividido en dos "campos", entendiéndose por ellos "dos áreas perfectamente definidas en el mapa, aunque ese hecho tenga un valor innegable en la realidad contemporánea... El mundo está dividido en una contienda que tiene el mundo entero por escenario, entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado, más nítida y esquemática en algunas regiones, más primaria y compleja en otras, pero constituyendo siempre el factor decisivo de la pugna histórica de la cual somos actores y testigos".

El razonamiento tendía a corregir la tendencia —muy extendida en ciertos momentos— a suplantarse la contienda social en el seno de cada sociedad de clase por la rivalidad política, económica y militar entre dos grandes alianzas de Estados: 1ª "patria de los trabajadores" en el Este; la "patria de los capitalistas" en el Oeste. Era, además, un esfuerzo para poner de relieve el aporte del movimiento antimperialista en la eliminación del capitalismo en escala mundial.

Nos complace constatar los avances logrados por esta posición en los altos círculos comunistas. Los chinos, más que los soviéticos, vienen subrayando la importancia determinante de las revoluciones nacionales en los escenarios de Asia, África y América Latina, "donde convergen las contradicciones en el mundo contemporáneo; son las zonas más

"vulnerables que están bajo la dominación imperialista y constituyen los centros de la tempestad de la revolución mundial". "Por tanto, en cierto sentido —agregan— la causa revolucionaria del proletariado internacional en su conjunto depende del desenlace de la lucha revolucionaria de los pueblos de esas zonas; que constituyen la abrumadora mayoría de la población del mundo". (1).

El P.C. de la Unión Soviética, sin perjuicio de reconocer en su último documento que "el carácter y contenido del proceso revolucionario mundial en la época actual se determina por la fusión en una corriente única de lucha contra el imperialismo de los pueblos que edifican el socialismo y el comunismo; del movimiento revolucionario de la clase obrera en los países capitalistas, de la lucha de liberación nacional de los pueblos oprimidos y de los movimientos democráticos", agrega que en tal alianza el papel decisivo pertenece a la clase obrera internacional y a su "creación principal: el sistema mundial del socialismo", que, a su vez, "ejerce su influencia principal en el desarrollo de la revolución mundial con la fuerza de su ejemplo y con su edificación económica". El criterio soviético, pues, no es tan rotundo ni tan claro. (2).

Ya lo dijimos una vez, desafiando la áspera censura de los ortodoxos: "El "campo" no es sino una de las expresiones específicas de la lucha de clases contemporánea. No la única. Los intereses del "campo" no expresan los intereses totales de las fuerzas comprometidas en la acción anticapitalista, sino una parte de esos intereses". Ahora bien, ¿Cuál es el frente decisivo en esta hora para la suerte de la batalla? No lo es, por cierto, el frente interno del capitalismo metropolitano: dentro de sus fronteras la clase obrera está lejos de amenazar el poder de la burguesía. Descartadas las vías militares, tampoco lo es la línea de tensión o competencia entre los bloques. La tesis rusa, al respecto, exagera la influencia inspiradora de los éxitos económicos de la Unión Soviética sobre el mundo subdesarrollado, entre otras consideraciones, porque tales logros se alcanzan en un gigantesco país que nunca sufrió un retraso comparable al nuestro en relación con las naciones maduras y, además, porque los niveles de bienestar individual en la URSS aún difieren del modelo de existencia material corriente en las potencias imperialistas,

(1) Proposición acerca de la línea general.

(2) "El Siglo", 26 de julio de 1963.

que provocan, justamente, las comparaciones que incitan a las masas a la acción.

A nosotros, socialistas, no nos cabe duda que, ciertamente, el centro de la tempestad se sitúa en la periferia del globo, en las extensas zonas que pagan con su miseria y su retraso la prosperidad de las naciones poderosas. Es allí, fundamentalmente, donde la revolución y el imperialismo se disputan voluntades humanas y vastos territorios con particular encarnizamiento; es allí donde se está decidiendo el curso de la historia.

Retorno al Internacionalismo

El imperialismo es el capitalismo universalizado, pero no como un sistema homogéneo y de pareja evolución en todas las latitudes. Al contrario, la desigualdad en el desarrollo, la consagración de desniveles crecientes entre las prósperas metrópolis y las naciones saqueadas, es una condición de subsistencia del capitalismo en su fase imperialista. De ahí, entonces, que si la insurgencia de los pueblos oprimidos arrojara de su suelo toda manifestación de este carácter, la hora final del sistema estaría cercana. Bloqueado dentro de sus propias fronteras, no se haría esperar el asalto de sus propias clases oprimidas en demanda del poder y de nuevas formas de vida, bajo la incitación de contradicciones internas agudizadas por la pérdida de su dominio exterior.

Al decir que la clave de la situación mundial se halla en los conflictos planteados entre las revoluciones nacionales y el imperialismo, no negamos el papel del proletariado internacional como protagonista de los cambios que sacuden al mundo en esta fase de declinación del capitalismo; sólo nos limitamos a señalar el tipo de crisis que, —en la actualidad— está contribuyendo con mayor eficacia a eliminar todo régimen de explotación. Por su sentido anticapitalista, entendido como sistema mundial; por la participación determinante de los trabajadores en su gestación y desarrollo —aunque el proletariado industrial sea, a veces, un núcleo incipiente—; por la radicalización ideológica inevitable en toda revolución que se enfrenta resueltamente a los problemas objetivos, independientemente de sus tendencias doctrinarias originales, las luchas anticolonialistas y antimperialistas ocupan un lugar destacado en el surgimiento de un mundo nuevo.

Pero aun desechando todo criterio de valoración, el simple reconocimiento de que los Estados Socialistas, las revoluciones nacionales y las luchas de clase obrera en los países imperialistas constituyen tres expresiones

diferentes de la contienda social de nuestro tiempo, obliga a plantearse la necesidad de una política que sincronice esos factores en un plano de equilibrio y de verdadero internacionalismo, sin asignar un lugar de preeminencia al "campo" como hasta ahora y un lugar subalterno al movimiento popular en los países débiles. Obliga asimismo, a plantearse la necesidad de promover un bloque revolucionario mundial, mucho más vasto y flexible que el actual movimiento comunista, vale decir, la urgencia de provocar una integración democrática internacional de las fuerzas anticapitalistas y antimperialistas.

Los acontecimientos de los años últimos demuestran la futilidad de los esfuerzos dirigidos a mantener el monopolio de la dirección política de la revolución socialista en manos de los Partidos Comunistas. Si bien éstos condujeron con acierto las revoluciones china y yugoslava, en base a una estrategia imaginativa y autóctona, en otros países únicamente lograron el poder auxiliados por el poderío militar soviético —como ocurrió en Europa Central— o tuvieron avances significativos únicamente en la periferia geográfica del bloque, como ha ocurrido en Viet Nam, Corea y Laos. Por el contrario, Cuba y Argelia, en los casos más recientes e ilustrativos, construyeron sus propias vanguardias políticas y trazaron sus propios derroteros arribando, no obstante, al socialismo, con prescindencia de la dirección comunista.

Lo ha dicho el Comandante Guevara: "No éramos comunistas. Había que luchar por el bienestar del pueblo y modificar la realidad existente. Vimos al desarrollar la lucha cómo el marxismo había anticipado respuestas al problema y cómo la conducta del imperialismo norteamericano nos obligaba a radicalizar el proceso de la revolución. El estudio del desarrollo de esa lucha nos mostró la verdad del marxismo".

Planteadas bajo diferentes banderas ideológicas, las dificultades sucesivas de la Unión Soviética con Yugoslavia, Albania y, ahora, China; lo mismo que las convulsiones operadas antes en Polonia, Alemania Oriental y Hungría, son otros signos de crisis de una estructura extemporánea e ineficaz. Para contener todas las fuerzas vivas de la revolución en marcha; para juzgar con rigor científico y no con criterios escolásticos la marcha de los procesos; para constituir un sistema verdaderamente justo y democrático de relaciones entre las fuerzas nacionales empeñadas en la tarea, la crisis presente debe dar lugar a una

reintegración en un plano nuevo y superior. Así, lo que parece un cisma irreparable puede servir de punto de partida para la reorganización de los contingentes revolucionarios en vísperas de las últimas batallas.

Para nosotros, la mera sustitución de la hegemonía soviética por el liderazgo chino carece de trascendencia sustantiva. El verdadero internacionalismo no admite líneas ideológicas ni normas estratégicas que no sean el producto de decisiones colectivas, multilaterales y democráticas, de todas las fuerzas comprometidas en la acción.

¿Causas más hondas?

La literatura producida alrededor de las posiciones antagónicas es ya abundante, pero, de una u otra manera, toda ella parece girar sobre los tópicos aludidos. Ahora bien, las discrepancias ideológicas y tácticas ¿justifican el planteamiento de una crisis tan profunda, tan abierta, tan enconada como la actual?

Parecería, más bien, que despojadas de sus exageraciones polémicas, de sus alusiones hirientes y de sus abstracciones irreales, las tesis en conflicto pudiesen encontrar un campo de entendimiento y una línea de unidad. No obstante, eso ha sido imposible hasta aquí. ¿Hay, pues, causas más hondas que una simple querrela intelectual o que una diferente perspectiva para apreciar el porvenir del movimiento obrero?

Sin desconocer que la naturaleza misma del pensamiento de estilo "bolchevique" es proclive a la inflexibilidad y origen frecuente de herejías verdaderas o supuestas, creemos que en la raíz de la controversia está presente un problema hasta ahora soslayado en la polémica y sin respuesta satisfactoria en el campo teórico: el de la vinculación económica entre los países socialistas de diversos grados de desarrollo.

La Unión Soviética, desde 1917 hasta ahora, viene sacrificando las expectativas de bienestar de varias generaciones para ofrecer a sus habitantes, recién en nuestros días, un nivel de vida equiparable al de las naciones occidentales.

Necesitó casi medio siglo para alcanzar ese objetivo y debió padecer —para obtenerlo— la dictadura política más terrible. Ahora, las masas rusas exigen una compensación para sus privaciones: la democratización del régimen sólo puede explicarse como complemento de una política económica que tiende a dar satisfacción a los consumidores, a mejorar las condiciones inmediatas de existencia.

China se incorpora al socialismo en la reciente post-guerra, en un estado de desarrollo todavía inferior, con una gigantesca población pauperizada. El "Gran Salto Adelante" sólo podía lograrse de dos maneras: o mediante una generosa y torrencial ayuda soviética, o aplicando en la administración del país una regimentación masiva y severa para acumular los recursos indispensables al despegue.

La Unión Soviética ayudó, pero sólo hasta el punto de no malograr sus niveles internos de vida. China popular comenzó diferentes experiencias encaminadas a aprovechar su ilimitado potencial humano: comunas populares, fundiciones caseras, movilización y aplicación de la mano de obra en escala sin precedentes. Junto a un país socialista que salía de la dura prueba, otro entraba en ella. Cuando un pueblo subdesarrollado compara su miseria con la opulencia de las naciones capitalistas piensa que el socialismo será el instrumento que le permitirá acortar la distancia y suprimir los desniveles, pero, ¿qué piensa y cómo reacciona un país socialista pobre frente a otro que comienza a conocer la abundancia?

La colaboración fraternal, el trato justo, la ayuda solidaria, como quiera llamarse el auxilio de una nación socialista a otra, todo esto se hace bajo una alta inspiración política y moral, inexistente bajo el capitalismo, pero el hecho es que no existen pautas objetivas para corregir el daño material que va envuelto en el intercambio entre economías de diferente grado de productividad. ¿Cuál es la norma que siendo justa para aplicarla al intercambio, lo sea también para los trabajadores del país más avanzado? Nos hallamos frente a una nueva versión del problema del subdesarrollo, esta vez, en el seno de una comunidad de naciones socialistas.

Las quejas chinas frente a la generosidad soviética para con los países no comprometidos; sus insinuaciones acerca de la actitud injusta de la URSS en las relaciones económicas interestatales, sus denuncias de actitudes de "Gran Potencia" en la Unión Soviética y sus dirigentes, todos esos síntomas parecen confirmar que la fisura producida en el mundo comunista proviene, en parte al menos, de raíces económicas.

La "línea dura" de los chinos corresponde, además, a la necesidad de hacer más severo el régimen interno, una vez abandonadas las ilusiones en la ayuda soviética en gran escala. Moderna versión del rigor staliniano, esa lí-

nea excusa dentro de las fronteras las restricciones políticas y la frugalidad material en nombre de los riesgos inminentes de una guerra santa contra el imperialismo.

En la esfera teórica, lleva a consagrar la Dictadura del Proletariado como necesidad histórica, no únicamente para desmontar la vieja sociedad de clase, sino para regir la nueva hasta el ingreso a la fase comunista.

Por supuesto, si tal fuese la causa efectiva de la escisión, el problema estaría plan-

teado en dos planos: uno, el de un reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias para establecer una coordinación internacional de la lucha y, otro, el del establecimiento de un sistema de relaciones interestatales nuevo, dinámico y justo, entre los países que han eliminado el capitalismo.

Si mucho podemos hacer los socialistas chilenos en el primer campo, el segundo, por ahora, está más allá de nuestras responsabilidades concretas.

EDICIONES

PLA

Libros:

1.— El Camino Yugoslavo, (Programa de la Liga de los Comunistas Yugoslavos)	E ^o	1,80
2.— Reflexiones Políticas, por Clodomiro Almeyda	"	1,02
3.— Fábula del Tiburón y las Sardinas, por Juan José Arévalo	"	1,20
4.— Las Ideas Sociales y Políticas de Arévalo, por Marie-Berthe Dion	"	0,96
5.— La Democracia Socialista en la Práctica Yugoslava, por Edvard Kardelj	"	0,40
6.— Operación Centroamérica, por Raúl Osegueda	"	1,20
7.— Revolución Cubana, por José A. Tabares del Real	"	1,20
8.— Tiempo Limitado, por María Angélica Alfonso	"	2,00
9.— La Noche de Juan y otros Cuentos, por Héctor Barreto	"	0,90
10.— Judas Iscariote, el Calumniado, por Juan Bosch (agotado) ..	"	0,90
11.— Los Muchachos y el Bar Pompeya, por Pablo García	"	1,50
12.— Sangre de Murciélago, por Juan Godoy	"	1,80
13.— Los Pampinos, por Luis González Zenteno	"	1,20

Folleto:

14.— El Clan Sagrado, por Raúl Ampuero Díaz	"	0,30
15.— La Economía de los países Subdesarrollados, por Paul A. Baran	"	0,30
16.— La Revolución Cubana y sus proyecciones en América Latina, por Alejandro Chelén R.	"	0,30
17.— Principios Elementales del Socialismo, por Leo Huberman ..	"	0,30
18.— Juicios y Prejuicios sobre la Política y sobre los Políticos, por Luis B. Prieto F.	"	0,30
19.— En defensa de nuestras riquezas marinas, por Aniceto Rodríguez	"	0,30